

EUROPA, pasado, presente y futuro

ANTOLÍN SÁNCHEZ PRESEDO*

Quiero agradecer al Ayuntamiento de Betanzos que me haya invitado a participar en este ciclo de conferencias del Anuario Brigantino para hablarles del pasado, el presente y el futuro de Europa.

Una reflexión de estas características siempre es pertinente pero en este momento me parece especialmente oportuna por tres razones.

La primera afecta al pasado, el próximo año (2014) se cumplirá un siglo desde que comenzó en nuestro continente la Primera Guerra Mundial. Es, por tanto, una buena referencia para realizar una mirada retrospectiva a la evolución europea.

La segunda afecta al presente, nos encontramos en medio de una profunda crisis con unos indicadores de opinión pública que reflejan un enorme desapego de la política y un importante pesimismo sobre el futuro de la Unión Europea. Es lógico plantearse qué está fallando y cómo invertir esta situación.

Y la tercera se refiere al futuro. El próximo año se celebrarán elecciones al Parlamento Europeo y es razonable comenzar a sensibilizar a nuestros ciudadanos sobre lo que está en juego. Sin embargo hay una urgencia más profunda. El mundo está en un proceso vertiginoso de transformación que es preciso descifrar para jugar bien nuestras bazas. Esta será probablemente la última década en que los países avanzados, las democracias más consolidadas, dispondrán de hegemonía económica.

El balance de poder está cambiando y desplazándose hacia Asia; es razonable que nos planteemos cómo preservar nuestra autonomía, o lo que es lo mismo, cómo ser relevantes y atractivos en el mundo que viene. El tiempo corre.

Europa no ha existido siempre ni siquiera como realidad física. Hubo un tiempo cósmico y geológico anterior, si nuestro planeta hubiera comenzado a formarse hace un año nuestro continente habría aparecido en su configuración actual en el último segundo. Hoy ocupa el 2% de la superficie y el 6,8% de las tierras sumergidas de nuestro planeta.

La presencia humana es muy posterior. Aunque hay constancia de ancestros del género humano desde hace un millón de años, la especie “homo sapiens” no comenzó a

***Antolín Sánchez Presedo** fue Alcalde de Betanzos (1983-1985) y *Conselleiro de Ordenación do Territorio e Obras Públicas da Xunta de Galicia*. Actualmente es europarlamentario gallego. Este es el texto de la conferencia pronunciada en la Sala Azul del Edificio Liceo de Betanzos (*Edificio Arquivo do Antigo Reino de Galicia*) el 12-04-2013, dentro del ciclo de conferencias del Anuario Brigantino. Disponible en línea: desde <http://anuariobrigantino.betanzos.net/CONFERENCIAS.htm> ou desde <https://www.youtube.com/watch?v=nKVRPIhTno>

colonizar Europa hasta hace cuarenta y cinco mil años. Hoy la población europea es algo más de 502 millones, el 7,3% de la total mundial, con una edad media cercana a los 41 años.

Sobre el nombre de Europa hay un mito clásico, “El rapto de Europa”, motivo de abundante inspiración artística. Europa era el nombre de una bellísima princesa fenicia de la que Zeus se enamoró y para atraerla, cuando se encontraba en una playa a la orilla del Mediterráneo, adoptó la forma de un hermoso y manso toro al que la princesa se subió, momento en que se introdujo en el mar con la princesa a lomos y la llevó hasta la isla de Creta. A las orillas de la playa todos llamaban

EUROPA: MIRANDO HACIA NUESTRO CONTINENTE

El vocablo Europa procede de la raíz semítica “rb”, en sirio dio “irb” y en arameo “ereb”, cuyo significado es ponerse el sol y alude a las tierras occidentales del mundo clásico. En el siglo VI a.C. Hecateo de Mileto contrapone Europa con Asia, Erebo (Occidente) y el Oriente. España representa el toro y Galicia es la parte más occidental de Europa.

En un conferencia titulada “Una comunidad apasionada”, pronunciada en 1918, el escritor austríaco Stefan Zweig, afirmaba que la “verdadera unidad política e intelectual de Europa, la historia universal, comienza con Roma, el imperio romano”. Lo original de su dominio no se basaba en la potencia de las armas, no era un fin en sí mismo, estaba al servicio de una organización inteligente del mundo, de una idea de civilización. Los habitantes de distintos pueblos europeos, también los de la provincia de Gallaecia, llegaron a compartir una red de calzadas, una lengua franca (el latín) y una misma ciudadanía romana.

Cuando en el año 476 de nuestra era cae el Imperio Romano de Occidente, las nuevas unidades políticas permanecieron unidas en torno a la religión católica durante más de mil años. En esta época se forja la visión medieval de Europa.

La primera nota característica es la unidad frente a los enemigos externos. En la Crónica anónima de la batalla de Poitiers en 732 denomina “Europenses” a los soldados de distintas procedencias que ganan la batalla a los musulmanes.

La segunda es la conexión con el mundo clásico. La coronación de Carlomagno en el 800 como emperador y la restauración en el siglo siguiente del Sacro Imperio Romano Germánico buscan legitimar la idea medieval de Europa en el pasado romano.

A finales de la Edad Media, el humanista Enea Silvio Piccolomini (Papa Pio II) que ve a la Cristiandad como la heredera del mundo greco-romano expresa esta visión. Es autor de un tratado cuyo título incluye la palabra Europa (“La Europa de mi tiempo”), llama “europeos” a los habitantes del continente y -como Papa- tras la conquista de Constantinopla en 1453 por los turcos que pone fin al Imperio Romano de Oriente, convoca un Concilio en Mantua en 1454, una especie de cumbre europea de crisis para recuperar la europeidad perdida del mundo bizantino. El éxito obtenido es escaso, en 1464 el rey de Bohemia, Jorge Podiebrad, publica su proyecto “Universitas”, en el que propone a los reyes y príncipes de Europa que hagan la paz entre ellos y se unan frente a la amenaza turca mediante un pacto que contemplaba instituciones comunes con un funcionamiento y la toma de decisiones por mayoría.

En la Edad Moderna, el intento de reconstrucción imperial de Carlos V fracasa por la resistencia de Francia y el avance del cisma religioso. El Renacimiento, con su orientación antropocéntrica, consagra las lenguas romances y abre paso a una visión del gobierno



como una cuestión terrenal. Tras la guerra de los 30 años, entre 1618 y 1648, el Tratado de Westfalia consagra los Estado territoriales y confirma la transformación del Papado y el Imperio en entidades simbólicas carentes de poder real. Es el triunfo del principio de soberanía de los Estados territoriales, el paso de los concilios a los congresos y el nacimiento del equilibrio de poderes. Nuevas iniciativas de dominación y el juego de las alianzas y rivalidades van a marcar la política europea.

En los inicios de la Edad Contemporánea se produce un nuevo intento de creación de un imperio, superando el Antiguo Régimen e introduciendo el código civil liberal francés, por Napoleón Bonaparte, también fracasó. Al final de las guerras napoleónicas, el Congreso de Viena (1814-1815) restableció el absolutismo y continuó con las conferencias diplomáticas pero no consiguió mantener a la raya ni el auge nacionalista ni las ideas liberales y socialistas que provocaron las revoluciones de 1830 y 1848.

El término Estados Unidos de Europa, siguiendo la estela que llegaba desde la otra orilla del Atlántico, fue ya utilizado por Victor Hugo, en su discurso en el Congreso Internacional de la Paz celebrado en París en 1849. Nada más alejado de la realidad, entre 1853 y 1856 se produce la guerra de Crimea en la que Francia e Inglaterra se enfrentan con Rusia con la consecuencia del declive del Imperio otomano y la desestabilización de los Balcanes. En 1871 se produce la guerra franco-prusiana que concluye con la unidad de Alemania y el nacimiento del Segundo Reich.

La Primera Guerra Mundial viene marcada por las rivalidades entre las potencias centrales (Alemania, el Imperio austro-húngaro y el Imperio otomano) con la triple entente (Francia,

Inglaterra y Rusia). Desde el punto de vista humanitario es ya una guerra total; el empleo de nuevas armas y el ensanchamiento del campo de batalla hacen que la población civil no quede ya al margen de las operaciones bélicas.

Durante la Primera Guerra Mundial se produjeron más de trece millones de muertos en Europa de los que el 5% pertenecían a la población civil, la Segunda Guerra Mundial provocó veinticinco millones de muertos de los que la mitad eran población civil.

El fin de la Primera Guerra Mundial supuso la desaparición de los viejos Imperios y la afirmación del principio de las nacionalidades, La multiplicación de fronteras y –pese a las advertencias de Keynes– las condiciones draconianas impuestas por el Tratado de Versalles a Alemania, que llegó a considerarlo el Dictado (“Diktat”), son señaladas como causa de las tensiones y problemas que desembocaron en el triunfo de Hitler que condujo al fin de la República de Weimar y el establecimiento del tercer Reich que desencadenó la Segunda Guerra Mundial. Ni la creación de la Sociedad de Naciones, los llamamientos al proyecto de unión de los Estados europeos en “Paneuropa” realizado por el conde austríaco Coudenhove-Kalergy, ni propuestas como la realizada por el político francés Aristide Briand de una Liga Europea de Naciones pudieron evitarlo.

Winston Churchill definió el período 1914 y 1945 que va entre la Primera y Segunda Guerra Mundial como la “segunda guerra de los Treinta Años”. Su discurso en la Universidad de Zurich en 1947 y las iniciativas que llevarían al Congreso de La Haya del Movimiento Europeo en 1948 –en el que tan destacada labor tuvo Salvador de Madariaga– plantearon la necesidad de fórmulas de cooperación europea que eviten los campos de batalla. La constitución del Consejo de Europa fruto del Convenio europeo de derechos humanos firmado en Roma en 1950, que supone el establecimiento de una Comisión y un Tribunal europeos de derechos humanos es un paso muy relevante a escala paneuropea en esa dirección.

Todavía lejos de una estructura federal, los Estados aceptan un escrutinio europeo en materia de derechos humanos.

Los Estados Unidos apostaron por la cooperación europea. En lugar de acoger las propuestas vindicativas de desintegración de Alemania propuestas por el Secretario del Tesoro Morgenthau, tras la Conferencia de Postdam de 1945, el presidente Harry S. Truman llegó a la conclusión de que el reto más importante era contener el expansionismo soviético: ayuda a Grecia y a Turquía, Plan Marshall, Pacto del Atlántico Norte. El golpe de Estado comunista en Checoslovaquia y el bloqueo de Berlín por los soviéticos reafirmaron la resolución norteamericana de unir a los europeos occidentales frente a la presión soviética. En 1949 los aliados occidentales apoyaron la constitución de la República federal en Alemania con la fusión de las tres zonas de ocupación de Estados Unidos, Francia y Reino Unido, y en 1950 promueven el levantamiento del régimen de ocupación sobre la industria alemana, para hacer posible el desarrollo económico de la nueva República federal.

El paso siguiente era dismantelar la Comisión aliada de control sobre el carbón y el acero, poniendo en cuestión las garantías evitar a los franceses la triple experiencia, de 1870, 1914 y 1940, de ocupación por Alemania. Fue entonces cuando Jean Monnet, presidente del Plan francés de Modernización económica, ofreció al entonces Ministro de asuntos exteriores en el Gobierno de Georges Bidault, Robert Schuman, una alternativa. Jean Monnet, que durante la primera guerra mundial había formado parte de las comisiones franco-inglesas para la adquisición de suministros para los ejércitos aliados mediante un sistema peculiar de administración común que, otro participante en esas comisiones, David

J. Mitrany, definiría como "funcionalismo" en un libro publicado en 1939, y que durante la segunda guerra mundial desarrolló funciones parecidas, concibió un modelo de integración funcional europeo basado en sus propias experiencias.

La Declaración que Robert Schuman leyó en el Salón del Reloj del Quai d'Orsay de París el 9 de mayo de 1950 recoge esta concepción de una integración de Europa mediante la asunción de competencias concretas para conseguir, mediante la fusión gradual de las economías nacionales, una solidaridad de hecho entre los pueblos de Europa. Esta concepción, que se recoge en el Preámbulo del TCECA de 1951, ha inspirado el proceso de integración europea.

Desde la firma en Roma, el lluvioso 25 de marzo de 1957 de los Tratados de la CEE y del Euratom por los seis estados fundadores la construcción europea no ha dejado de crecer. Lo ha hecho en contenido, tamaño y calidad. En tres direcciones complementarias que se refuerzan mutuamente: integración, ampliación y democratización.

La integración ha acrecentado los compromisos fundacionales con la introducción de nuevas políticas comunes y nuevos ámbitos de cooperación de los Estados miembros. El Acta única (1986) y los Tratados de Maastricht (1992), Amsterdam (1999), Niza (2000) y Lisboa (2007) enmarcan este proceso.

A partir de los 70 en que se produjo la primera ampliación quedó claro que el proyecto comunitario no era un proyecto cerrado. En cada una de las décadas siguientes ha tenido lugar un nuevo proceso de ampliación: en los 80 acogiendo a las nuevas democracias del Sur, en los 90 los países principales que formaban parte de la Asociación Europea de Libre Comercio (EFTA), en la primera década del nuevo siglo incorporando a los países del centro y del este europeo que habían estado sometidos a la dictadura comunista y en la década actual, al menos, con la integración de Croacia que se producirá a mediados del presente año.

La senda hacia la democratización ha avanzado también en la doble dimensión institucional y ciudadana. El fortalecimiento sucesivo del papel del Parlamento y la redacción de la Carta de los Derechos Fundamentales de la Unión Europea –en cuya elaboración intervino Alvaro Rodríguez Bereijo–, como anexo vinculante al Tratado de Lisboa, son sus símbolos más significativos.

Cuando se aproxima a su sexta década, el proceso de integración se considera como la ingeniería política más importante del siglo dentro y fuera de nuestro continente. En un continente que había sido un teatro de batalla permanente, la Unión ha preservado la paz entre sus miembros y ha contribuido a su desarrollo. La Unión Europea es el área con mayor riqueza del mundo, la principal potencia comercial, la mayor donante de ayuda internacional y la más comprometida con el cambio climático. A pesar de los problemas tiene capacidad atractiva, así lo muestran los procesos de adhesión en curso y la demanda en el mundo de más Europa.

La implantación del euro ha sido el último gran hito en el proyecto europeo. El fracaso de la propuesta del Tratado de Constitución, a consecuencia del rechazo en Holanda y Francia, dos países fundadores, ha llevado a plantear si existe fatiga en la construcción comunitaria.

Antes de la crisis ya estaba en cuestión la credibilidad del pilar económico de la Unión Económica y Monetaria. El Pacto de Estabilidad y Crecimiento que establece los compromisos de disciplina presupuestaria a cargo de los Estados miembros de la eurozona, había sido cumplido por Francia y Alemania, los países centrales. La coordinación

económica también fracasaba porque los objetivos señalados en la Estrategia de Lisboa en el año 2000 de “convertirse en la economía basada en el conocimiento más competitiva y dinámica del mundo” con el horizonte de 2010 se sabía que no iban a ser alcanzados.

La crisis es nuestra realidad presente. Su origen está en los excesos del sistema financiero. Algunos han comparado su desarrollo al de un virus mutante que apareció en el ámbito de las hipotecas subprime estadounidenses en 2007, se transformó al año siguiente en una crisis financiera global con el colapso de Lehman Brothers y, tras la crisis de la deuda pública griega de 2009, se ha convertido en una crisis europea. Los sucesivos episodios, hasta el último de Chipre, son de todos conocidos.

¿Por qué una crisis europea?

Es innegable que el elevado nivel de exposición de riesgos de la banca europea que en 2007 tenía la mayoría de los activos de la banca mundial, el aumento de los desequilibrios internos de la eurozona desde la implantación del euro y la acumulación de problemas en algunos Estados miembros son problemas de peso.

Sin embargo las crisis no dependen sólo de los problemas, también de la capacidad de resolverlos. El pasado miércoles, 10 de abril, Christine Lagarde, Directora del Fondo Monetario Internacional, pronunció un discurso titulado “Acciones Políticas Globales necesarias para salir delante de la crisis” (“The Global Policy Actions Needed to Stay Ahead of the Crisis”) y decía que en la economía mundial había tres grandes grupos: el de quienes lo están haciendo bien, el de quienes están a medio gas y el de quienes tienen todavía alguna distancia que recorrer. El primer grupo incluye los países emergentes y las economías en desarrollo, el segundo a los Estados Unidos junto a algún país como Suecia y Suiza y, finalmente, el tercero incluye a la Unión Europea y Japón.

La pregunta razonable es ¿por qué la Unión Europea y los Estados Unidos están en diferentes grupos?

La economía europea en su conjunto, con todos sus problemas, es más grande, está más equilibrada en su comercio exterior que la de los Estados Unidos y tiene un mayor control de las finanzas públicas. Cuando se presentó la crisis, los Estados Unidos habían experimentado un aumento del déficit comercial, del déficit público y del endeudamiento privado –lo que se denominaba “el triple desequilibrio” y el impacto de la crisis en las instituciones financieras estadounidense fue extraordinario, no hay más que recordar las instituciones financieras desaparecidas.

Hay dos razones que explican esta situación diferencial. La primera es institucional y la segunda de orientación política.

Desde el punto de vista institucional, la Unión Europea y los Estados Unidos cuentan con instrumentos de política monetaria a nivel central, el Banco Central Europeo, y la Reserva Federal, sin embargo no cuentan con instrumentos equiparables en el ámbito de la política económica y presupuestaria.

Los europeos carecemos de un gobierno comunitario que pueda adoptar decisiones económicas con la rapidez y potencia del gobierno estadounidense. Las grandes decisiones en el ámbito de la Unión Europea se aprueban en el seno del Consejo Europeo en el que participan 27 Estados miembros o en cumbres de los representantes al máximo nivel de los 17 países de la eurozona que se reúnen ordinariamente cada tres meses; en los Estados Unidos puede hacerlo el Presidente en tiempo real.

Estados miembros de la UE (año de ingreso)	En camino hacia la adhesión a la UE Países candidatos
Alemania (1952)	Antigua República Yugoslava de Macedonia
Austria (1995)	Islandia
Bélgica (1952)	Montenegro
Bulgaria (2007)	Serbia
Chipre (2004)	Turquía
Croacia (2013)	
Dinamarca (1973)	Candidatos potenciales
Eslovaquia (2004)	
Eslovenia (2004)	Albania
España (1986)	Bosnia y Herzegovina
Estonia (2004)	Kosovo*
Finlandia (1995)	
Francia (1952)	
Grecia (1981)	
Hungría (2004)	
Irlanda (1973)	
Italia (1952)	
Letonia (2004)	
Lituania (2004)	
Luxemburgo (1952)	
Malta (2004)	
Países Bajos (1952)	
Polonia (2004)	
Portugal (1986)	
Reino Unido (1973)	
República Checa (2004)	
Rumanía (2007)	
Suecia (1995)	

* Esta denominación se entiende sin perjuicio de las posiciones sobre su estatuto y está en consonancia con la Resolución 1244 (1999) del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y con la Opinión de la Corte Internacional de Justicia sobre la declaración de independencia de Kosovo

Información tomada de la web oficial de la Unión Europea:
http://europa.eu/about-eu/countries/index_es.htm

Los estadounidenses, a diferencia de los europeos, cuentan con un Secretario del Tesoro y disponen de un presupuesto federal que es 19 veces superior al de la Unión Europea en términos absolutos y casi 23 veces en relación al PIB.

La capacidad institucional es una cuestión democrática trascendental. En un espacio europeo, más interdependiente e interconectado que nunca, los problemas comunestienen que resolverse desde una lógica común. Un enfoque intergubernamental es insuficiente porque cada representante actúa sometido a un mandato nacional y, como dice el proverbio, “nadie puede saltar más allá de su propia sombra”. Esta dinámica conduce a un directorio “de facto”, a la confrontación de países y la vieja dialéctica entre ganadores y perdedores que nos lleva de nuevo al pasado. Para ganar legitimidad y eficacia hay que retomar el espíritu fundacional e ir decididamente hacia la Unión Fiscal y Política.

Cuando surgió la crisis los Estados Unidos estaban mejor equipados que la Unión Europea para afrontarla. La Unión Europea ni siquiera contaba con mecanismos de asistencia financiera para los países de la eurozona. Ambos respondieron además de forma diferente.

Los Estados Unidos acometieron de inmediato el tratamiento de los productos tóxicos y la reestructuración financiera y sus autoridades desplegaron un enorme activismo para sostener la actividad económica y el empleo. La Unión Europea siempre pareció ir por detrás de los acontecimientos, todavía no ha alcanzado la Unión Bancaria indispensable para que el mercado reactive el crédito, y en el ámbito de la política económica, ha dado prioridad a una orientación basada en la disciplina fiscal.

Mientras Estados Unidos lucha por evitar el “fiscal cliff” (“precipicio fiscal”), evitar que una reducción del gasto público no produzca un desplome de la actividad económica, en Europa existe un “fiscal cliff”, una caída de la actividad económica y el empleo, que en algunos países como España tiene las características de una auténtica depresión, como consecuencia de una política de austeridad torpe.

¿Tiene algún sentido aplicar una política de ajuste simultáneo, rápido e indiscriminado en todos los países, independientemente de su situación?, ¿tiene sentido hacerlo sin un marco de apoyo en la eurozona para que los países que tengan que realizar mayores esfuerzos puedan contar con estabilizadores temporales y con recursos que posibiliten las inversiones necesarias para impulsar los procesos de reforma?

Resumiendo, los Estados Unidos cuentan con una capacidad institucional fuertemente orientada al crecimiento y el empleo, que necesita todavía un plan que asegure la sostenibilidad fiscal a medio plazo de las cuentas públicas. Si la Unión Europea no se dota de más capacidad institucional y no reorienta su política al crecimiento y al empleo no conseguirá el equilibrio fiscal a medio plazo. Eso explica la diferente evolución.

Iniciamos el sexto año de la crisis con un saldo de 26 millones de desempleados, 116 millones de personas en riesgo de exclusión social y una previsión de decrecimiento negativa. Europa se encuentra en una situación de emergencia y no parece reaccionar.

Los estudios demoscópicos señalan que la desafección política de nuestros ciudadanos se expresa de tres maneras: una valoración muy negativa de la situación, unas bajísimas expectativas de mejora y la opinión de que el actual desempeño político es uno de sus principales problemas. Todo ello se expresa en un cierto pesimismo sobre el futuro de Europa que se detecta incluso aquí, en Galicia, una de las comunidades más beneficiadas desde su integración europea y que ha expresado siempre un gran apoyo al proyecto europeo.

Es lógico que nuestros ciudadanos se encuentren desconcertados. El pasado mes de marzo, el Consejo Europeo ha apoyado un Marco Financiero Plurianual 2014-2020 con una reducción por primera vez en su historia de los recursos europeos. La Unión era la primera víctima de la crisis. Es grave que los máximos responsables no apuesten por la Unión para salir de la crisis pero sería terrible que les siguieran los ciudadanos.

La cuestión es que el desapego y el pesimismo no conduzcan a la apatía y a la frustración sino que se traduzcan en exigencia y cambio en la buena dirección.

Creo en la política y en Europa. En otra política y en otra Europa, para ser más preciso. Es la única fórmula que encuentro para resolver la paradoja de que cuando más se critica la política es cuando más se necesita y cuando más incredulidad existe sobre la Unión es cuando es más decisiva para nuestro futuro. Ser europeísta hoy es ser crítico pero no euroescéptico o contrario al proyecto europeo.

Indignarse suele definirse como enfadarse pero la irritación es sólo el primer paso, indignarse en sentido profundo es dirigirse hacia una dignidad que todavía no existe.

Por eso, el recientemente fallecido Stephane Hessel, que tuvo un enorme éxito con su manifiesto “Indignaos” en toda Europa, escribió inmediatamente otro que se titulaba “Comprometeos”.

La Unión Europea es un compromiso por la dignidad y debe seguirlo siendo. No puede intentar vivir de viejas éxitos sino demostrar que sigue siendo el camino para alcanzar otros nuevos.

Los políticos no pueden caer en lo que Woody Allen reprochaba al político profesional de “hacer de cada solución un problema” y no deben tomarse en serio la frase de Groucho Marx para quien “la política es el arte de buscar problemas, encontrarlos, hacer un diagnóstico falso y aplicar después los medios equivocados”.

Necesitamos la política para resolver cuestiones complejas. Dany Rodrik ha planteado recientemente un trilema, el “teorema de la imposibilidad”, según el que “democracia, soberanía nacional e integración económica son mutuamente incompatibles: podemos combinar cualesquiera dos de las tres, pero nunca tener las tres simultáneamente y en su esplendor”.

La solución es una democracia poliárquica, concebir Europa como una soberanía compartida que se ejerce mediante una gobernanza multinivel, no volver a la política nacional. Los problemas se agudizarían y el sálvese el que pueda resucitaría los viejos demonios; el pasado es una lección que no podemos olvidar.

Paul Spaak, el socialista belga que presidió la conferencia de Messina que preparó la redacción de los Tratados de Roma de 1957, solía decir que Europa no se divide entre Estados grandes y pequeños, todos son pequeños, aunque algunos todavía no se han enterado. Seis décadas después es todavía más evidente, la Unión Europea es la única posibilidad de tener un futuro sostenible en medio de una globalización que hace cada vez los Estados Europeos más irrelevantes y supone un enorme desplazamiento de poder hacia Asia.

Nuestros ciudadanos deben contar con oportunidades para desarrollar su existencia en un mundo abierto y multicultural. Europa puede hacerlo y es su plataforma en el mundo. Hay que equiparla para ello con mentalidad, con instrumentos y con reformas.

Con mentalidad europea. Europa no es un mercado y la política europea una lista doméstica de la compra, Europa necesita europeos con propuestas europeas que piensen en los problemas de todos. Los partidos políticos tienen que convertirse en partidos europeos que presenten programas y candidatos a la Presidencia de la Comisión para que sus opciones políticas se sometan al escrutinio y mandato de los ciudadanos europeos.

Con instrumentos europeos. Un Ministro de Economía o Secretario del Tesoro que dirija su política económica y fiscal y dialogue con la autoridad monetaria, una gobernanza económica más robusta y equilibrada en la eurozona con mecanismos de apoyo temporal para los países que sufran problemas derivados de la política monetaria o un sistema de recursos propios que le permita impulsar las inversiones y reducir la deuda de los países son algunos necesarios.

Con reformas europeas. Completar rápidamente la Unión Bancaria es esencial para que las familias y empresas puedan recibir crédito según sus condiciones de solvencia y no del lugar en que viven. Conseguir que el Banco Central Europeo contribuya decididamente al crecimiento y el empleo.

Es mucho lo que está en juego. Vivimos tiempos muy difíciles pero no problemas imposibles. Es mejor una década de esfuerzos que un siglo de decadencia. Si se convoca a todos los ciudadanos a que arrimen el hombro hay que asegurarles tres cosas fundamentales: que su contribución vale para algo, que existirá un reparto justo de cargas y que no se dejará tirados en la cuneta a los más débiles y vulnerables.

Estas pueden ser las bases de un nuevo pacto social europeo. Los europeos podemos sentirnos orgullosos de la creación del Estado del Bienestar, la creación más elevada de la civilización humana. Ahora tenemos que demostrar que no fue flor de un día, un fruto raro de una época extraordinario de la historia.

Como todo gran camino empieza por un primer paso, sería bueno que comenzáramos por casa. España está viviendo momentos de enorme gravedad, no tiene ya sentido predecir ni reescribir el pasado. Es la hora de buscar soluciones y de abrir caminos para el futuro. Desde 1978 hemos sido capaces de hacer cosas extraordinarias, recuperemos el espíritu de la transición. Si fuimos capaces entonces los demócratas de llegar a acuerdos con los herederos del franquismo será más fácil ahora, por fin en paz, entendernos entre los demócratas.

Tenemos que definir un proyecto de país para otros treinta años con la máxima generosidad y ambición. No podemos aceptar que exista una generación perdida y sabemos que la sostenibilidad es la auténtica solidaridad entre generaciones.

Don Quijote con la cabeza embotada por los libros de caballería luchó contra los molinos de viento. Cervantes fustigó la repetición perezosa de los manuales de caballería e inauguró el género innovador de la novela, en su época había molinos de viento españoles tanto en la Mancha como en los Países Bajos. Su mensaje sigue vigente, de alguna manera nos dice no luchemos contra Europa ni busquemos recetas políticas en el desván de la historia.

La Unión Europea es joven en términos políticos. Más que historia podría decirse que tiene biografía. El Día de Europa se celebra cada año el 9 de mayo en recuerdo de la Declaración de Schumann. Jean Monnet le dedica el capítulo XIII de sus Memorias con dos epígrafes, el primero dice “inventar” y el segundo “construir”. Es lo que hay que hacer de nuevo.

El expresidente brasileño Lula da Silva calificó la Unión Europea como “patrimonio democrático de la humanidad”. La Unión sostiene la esperanza de que los enemigos de antaño sean socios hogaño. Es el laboratorio de una globalización de rostro humano,

Europa es hoy problema y solución.

El problema existe y la solución todavía no. Es una utopía. Utopía literalmente significa un lugar que no existe en ninguna parte pero no un lugar imposible. Por eso Alphonse Lamartine la definía como “una verdad prematura”. La solución europea es una utopía posible y necesaria.

Hagámosla realidad.

